

Y como estos “maestros”, ajenos por definición a todo interés personal y más cuidadosos del imperio que sus pensares y ejemplos habían de tener en las generaciones por venir, que de su propio recuerdo onomástico en la mente de los eruditos, como esos maestros fue Monseñor Rafael María Carrasquilla, ávido también de obrar transformaciones, mas no en los materiales intereses con que se labra el templo manufacto, sino en las facultades y potencias vivas de los discípulos y oyentes, potencias —digo— cuyo ensamble y afinamiento contribuyen a formar el hombre cabal, tantas veces apellidado “templo” por la verdad divina.

Muchas veces, al pasar delante del Aula donde tradicionalmente enseñó Metafísica Monseñor Carrasquilla o al representarme las multitudes heterogéneas que se apiñaban en las iglesias para oírle, he revivido o imaginado la inevitable escena en que el Maestro luchaba por *vencer* la deficiencia mental, el prejuicio tenaz, la terquedad inmóvil de algún oyente reacio, o simplemente las dificultades inherentes al estudio de lo trascendental. Y otras tantas veces he visto, como símbolo de esta labor fecunda, al arquitecto antiguo que iba presidiendo la acumulación y distribución de las masas de piedra sin desbaratar aún, pero ya cortadas, pulidas y bruñidas en la mente del maestro de obras, ya encajadas por él en la estructura ideal que quizá tardará mucho en adquirir realidad tangible, y ya dignificadas por la semblanza bella que el maestro ve y acaricia en su mente creadora, y que todavía no ha sido emancipada de la tosquedad y rudeza lapídeas a golpes de cincel inteligente.

No de otra suerte vería en torno suyo el maestro de hombres la turba de oyentes, más diversos entre sí por las dotes y calidades del ánimo, de la índole y de la mente, que por las apariencias corporales. Y no faltará quien se aflija pensando que no caben allí las esperanzas y prometimientos de la cultura genuina, pero el Maestro auténtico se regocijará pensando en que los breves destellos que logra arrancar a poder de la enseñanza, presagian una simiente crecedera cuyos frutos robustecerá el pro-común.

Y de estos fue el Maestro genial, Monseñor Rafael María Carrasquilla, cuyo panegírico vais a escuchar de labios autorizadísimos, y a quien celebraremos siempre como prototipo del sabio justo y bueno que ama lo que inculca, que cree apasionadamente en la verdad y en la bondad de lo que enseña, y que tiene confianza, allegada a certidumbre, en que sus discípulos u oyentes son capaces de recibir toda iluminación, de abrazarse con la rectitud que se les propone noblemente, y de ser, en suma, eso que dijo la sabiduría de los antiguos: escultores de su alma y señores de sí mismos.

## Monseñor Rafael María Carrasquilla, el Hombre de Fe

Por Monseñor JOSE EUSEBIO RICAURTE

Los grandes monumentos se ven mejor de lejos, pues cuando uno está cerca no puede percibir sino algún detalle. Así sucede con los grandes hombres: necesitan la distancia del tiempo para que se comprendan sus obras, se vea la magnitud de sus empresas y se conozcan la eficacia de sus ideas y la fecundidad de sus esfuerzos. Quisimos entrañablemente a Monseñor Carrasquilla, nos causaban sus palabras una emoción profunda y se imprimían en nuestros corazones sus consejos pero sentíamos tan grande su genio, tan desmesurada su erudición, tan excelsa la majestad de sus modales que fue necesario que pasaran los días para comprender la eficacia de su labor educadora, y como le aconteció a él lo que a los genios, que son como el sol que no se contenta con brillar sino que hace fulgurar a los planetas, así él brilla hoy en la gloria de sus discípulos.

Pero para hablar de él me faltan capacidades para juzgarlo. Y me falta la serenidad, porque él fue la luz de mi alma; porque de sus labios recibí las enseñanzas teóricas y prácticas que han conformado mi vida sacerdotal; porque él fue quien me llevó al seminario, en días en que yo, convencido hasta la evidencia de que Dios me llamaba al sacerdocio y que ésa y no otra era mi vocación, él me la confirmó y me ayudó a salvar las dificultades que naturalmente tenían que presentarse. El me entusiasmó en los estudios clásicos, tanto en las humanidades, como en las aficiones filosóficas, y en la ciencia de Dios. Fue mi maestro, porque su enseñanza está en mi alma más viva que la de los otros profesores que oí, ninguno comparable a él en la claridad y en el don de persuasión (y muchos y muy ilustres escuché aquí y en las cátedras de Roma). El fortificó mi alma. El me infundió el

amor a la Iglesia. ¡Ojalá no hubiera permitido Dios que su enseñanza perdiera lustre y eficacia, oscurecida por mi poquedad!

Hace un siglo alboreó un día de gloria para la patria, para las letras castellanas, para la filosofía y para la Iglesia.

Para la patria, porque fue su corazón el relicario del más puro patriotismo. Así tenía que ser. Creció en el trato de su abuelo materno el general José María Ortega y Nariño. En sus rodillas, jugando con la medalla con que Bolívar lo había condecorado el primero de los libertadores de Venezuela, que brillaba en su pecho le oía narrar las dramáticas peripecias de la guerra magna, desde el día en que siendo todavía niño al oír contar lo que estaba sucediendo entre Morales y Llorente en la Calle Real, no pudo resistir y sin más arma que el cuchillo de la mesa salió a unirse a los patriotas y ya esa noche prestó servicio de centinela. Sus viajes, su matrimonio, en el que fue padrino el mismo general Bolívar, sus peligros, sus triunfos y sus sacrificios que fueron necesarios para cimentar esta patria en sillares de heroísmo.

No es pues de extrañar que amara así a Colombia, que sintiera en sus venas palpitar la sangre de Nariño su tío, que al pronunciar el nombre de la patria modulara de tal manera la voz que hacía estremecer el corazón, y que dijera ya al ocaso de su vida: "Bolívar es el mayor amor de mi patria, después de Dios y al par que mi patria y que mis padres." Esa es la explicación de por qué nos hacía ver a los próceres de la independencia como genios predestinados por Dios para tan noble empresa, que defendiera con la grandeza de su sabiduría y de su erudición la licitud de nuestra guerra libertadora en el tratado que escribió para dilucidar este fundamental problema. Si alguien se atrevió a insultar a cualquiera de nuestros próceres, él sintió el ultraje en su mismo corazón y exclamó: "Caín fue maldecido de Dios porque se atrevió a ultrajar a su padre."

Muy alto nos habla de la abnegación de su patriotismo ese sentido de elevación que daba a las cuestiones políticas que trataba, sin dejar que su amor a la patria se menguara por la simpatía de ninguno de los partidos de contienda que han dividido las opiniones, pues la abnegación es la esencia y el amor y la medida de su intensidad. Así por ejemplo aprendemos en sus estudios sobre los partidos políticos, su oposición, su convivencia y su necesidad, como deben unos y otros luchar sólo por engrandecer su patria, sin dejarse manchar por

entusiasmos banderizos. Así lo practicó en sus muchos recuerdos necológicos, que le merecieron todos los buenos, cualquiera que fuera su doctrina política. Así lo inculcó en el Colegio del Rosario, en el que mientras otros colegios enardecían las luchas pasionales, él preconizó la verdadera política de unión nacional, única que puede salvar este país. Este aserto está hoy plenamente demostrado al ver cómo han brillado los rosaristas de ambos campos, que no supieron odiarse y si alguna vez se ofendieron no podría ser sino olvidando la figura de su maestro.

Fue una gloria de las letras castellanas. Si ya a los veintiún años en 1870 escribió un ensayo sobre Núñez de Arce, que estaba en el cenit de su gloria, en el que ostenta una maestría y dominio de la literatura española que muy pocos eruditos han logrado después de largos años de estudio. Nos dice allí que es necesario "ver nacer la poesía castellana en el poema del Cid, mirar cómo disputan sus gracias infantiles en las obras del marqués de Santillana y Jorge Manrique; acompañarla en su juventud con Boscán y Garcilaso; contemplar con respeto sus triunfos de la edad madura en tiempo de Rioja y Herrera, Caro y León; estudiar, para saludable escarmiento, la desgraciada época del culteranismo de Góngora, y verla agonizar en el deplorable prosaísmo del siglo XVIII". Y luego con qué vivos colores, con qué acierto y precisión nos pinta lo que llama el renacimiento del siglo XIX, señala las características de cada escuela y de cada autor, sus grandezas y defectos, como profundo y eruditísimo conocedor. No podemos pues extrañar que, si a la edad casi de los juegos así conocía las bellas letras, hubiera después podido hablarnos como lo hizo de la Virgen María en la literatura castellana, o mostrar al mundo de las letras los fulgores de la Madre Josefa del Castillo.

Fue gloria de los estudios filosóficos, como restaurador de la filosofía tomista entre nosotros, cuando la juventud se asfixiaba en las doctrinas de Bentham y Tracy. Fue necesario entonces que un titán enderezara esta nave, y la impulsara por las rutas de la verdad, y para esto lo destinó la Divina Providencia.

Pero quiero ahora hablar brevemente de Monseñor Carrasquilla como hombre de fe. Eso fue él. Todas sus dotes egregias, todas sus virtudes y cualidades se reunieron alrededor de su fe, que las condujo a todas y les prestó nueva vida y fulgor.

La mejor definición de Monseñor Carrasquilla es decir que era el hombre de fe. Hijo de un hombre de fe. Así lo sentimos al leer los sofismas anticatólicos vistos por microscopio o cualquiera de los escritos o poesías de don Ricardo, el que no sólo era un convencido, sino que tenía el don de convencer como cuando hablaba de Dios, o de la virtud en los ejercicios espirituales del Dividivi, en que convencía y conmovía. Nieto de creyentes que vivían de la fe. Con qué cariño conservaba la imagencita de Nuestra Señora de Chiquinquirá, que su abuelo el general José María Ortega y Nariño llevó debajo de la chaqueta de soldado en todas las batallas de la independencia.

Recibió la fe infundida en el bautismo, cuando el Espíritu Santo tomó posesión del alma al bajar a ella, no en forma de paloma, ni de llamas de fuego, sino bajo las apariencias del agua y las palabras sacramentales. Esa fe nunca se destiñó en su vida sino se agigantó a cada momento.

La fe es, como enseña Santo Tomás, el acto por el cual el entendimiento, movido por la voluntad y bajo el influjo de la gracia admite las verdades reveladas. Es pues un acto de la voluntad, como todas las virtudes; no es la persuasión de una evidencia que se impone; él quería creer, con toda la sinceridad de alma noble y sin doblez, como han creído todos los santos.

Su fe era tan sencilla como de un párvulo que cree lo que le dice su madre, tan ilustrada como la de un santo padre a quien Dios haya predestinado para luz de su siglo, tan firme como la de un mártir, tan persuasiva como la luz.

Era sincera, pero no ciega. ¡Cómo se equivocan los que simbolizan la fe con un ángel que tiene los ojos vendados! Es todo lo contrario: es la razón que no sólo conoce la verdad y la mira y confiesa, sino que además alcanza a vislumbrar, en los fulgores de la revelación, la verdad sustancial.

Con razón San Pío X le otorgó el título de doctor de la Iglesia, sin obligarlo para ello a cursar en universidades, ni presentar las pruebas de sabiduría.

De su erudición se puede decir lo que él mismo decía de la del señor Caro: "Nadie estaba como él al tanto del movimiento literario y científico del mundo. Quería uno a veces agradarlo o sorprenderlo con un dato suelto leído por la mañana en el diario, en la revista acabada de llegar por el correo de Europa, y él completaba, rectificaba

la noticia —política, filológica, bibliográfica, médica, biológica— y citaba diez fuentes auténticas de información, y quedaba el interlocutor fluctuando entre la humillación y el asombro."

Su fe era tan clara, tan diáfana que llenaba su ser; era su ambiente, de modo que podía decir: "Sé que Cristo está personalmente presente aquí en el sagrario con más seguridad que la que tengo de vuestra presencia. Porque os estoy viendo, y mis sentidos y mi razón me dicen que evidentemente estáis aquí delante de mí, pero sé que mis sentidos y mi razón se pueden equivocar. En cambio, la presencia de Cristo me la enseña la Iglesia que es infalible y la palabra de Cristo que es la verdad misma."

Ese era el secreto de su don de persuasión. Es ley psicológica que los sentimientos pasan de un alma a la otra, se contagian, y engendran sus semejantes en las almas que están en contacto con las nuestras. Ya lo había notado Horacio:

Ut ridentibus arident, ita flentibus adsunt  
Humani vultus: si vis me flere, dolendum est  
Primum ipsi tibi... Tristia moestum  
Vultum verba decent, iratum plena minarum,  
Ludentem lasciva, severum seria dictu.

ARS POET. 100.

Tal era la convicción con que hablaba que no dejaba ni la menor posibilidad de réplica en el fondo del pensamiento de los oyentes.

La fe era para él como un prisma, a través del cual todo lo veía, pero irizado de colores sobrenaturales. Por ejemplo, esto sentía de las campanas: "No es la campana un cuerpo inerte, ni es un simple bloque de metales fundidos, porque ella habla, llama, advierte y amenaza, consuela y regocija, canta y ríe, solloza y se lamenta. Cada una, como sucede con las gargantas humanas, tiene su timbre propio, conocido y amado de los cristianos fervorosos. Si me hallase yo solo y desterrado en una isla de Oceanía y percibiera por milagro el preludio con que la campana mayor de la catedral bogotana principia el repique de Corpus, lo reconocería sin vacilar, sintiendo un vuelco en el corazón y llenándoseme de lágrimas los ojos, como si hubiera oído a mi madre llamarme por mi propio nombre. La campana vive, pero no de un principio intrínseco y permanente, constitutivo de su ser, sino de la vida que le presta la fe, del movimiento que le imprime la esperanza, de los ardores que le infunde la caridad. El tañer de los

bronces sagrados es la voz de Dios que nos instiga al cumplimiento del deber; el silbo amoroso de nuestro pastor Jesús, para convocar sus ovejas en torno al sacrario donde mora; la sonrisa y el ademán halagador de la noble matrona, veinte veces secular y siempre joven, nacida del corazón de Cristo que congrega en su regazo a sus netezuelos para instruirlos en las verdades sublimes del catecismo cristiano; en el himno de la Iglesia en reconocimiento de sus victorias, tantas como los días de su existencia; es también el llanto y los gemidos de Raquel por la muerte de sus hijos.”

Si la fe era para él la verdad irizada de fulgores sobrenaturales, es claro que su entusiasmo por Santo Tomás no tuviera límites y por eso decía: “Entre todos los sistemas filosóficos conocidos, el tomismo es el que más se ajusta, cuadra y encaja en la ciencia moderna; de suerte que cada progreso que ella alcanza es un nuevo argumento en pro del autor excelso de la *Summa*. No sé qué admirar más, si a Santo Tomás, cuando, a poder de racionios, preludia las conclusiones de Pasteur o a Pasteur cuando ve en el microscopio la metafísica de Santo Tomás.”

Verdaderamente a través de la fe lo veía todo. Así entendía la era de los mártires; así explicaba como lógicas todas las actuaciones de los santos, absurdas para el mundo; así entendía hasta los mismos errores de la humanidad, y las humanas tentaciones. En la amistad no quería ver sino el reflejo de caridad de Dios “que se ha difundido en nuestros corazones” como enseña San Pablo. Por eso tal vez en sus afectos era tan austero. Era como el vino seco, que es delicioso y vigorizante, pero áspero al sabor, y exento de dulce, como su trato sin palabra melosa o que mostrara la vana sensiblería, y que escondía entre su severidad las delicadezas de la más intensa ternura.

Por ser hombre de fe llegó a ser sacerdote.

Un día el apuesto joven de 24 años comunicó a su padre, don Ricardo la idea de ser sacerdote. No le causó ninguna sorpresa; la recibió como la cosa más sabia y natural, era evidente que ése tenía que ser su camino.

Poco tiempo de seminario. No necesitaba más el que había entrado siendo ya consumado teólogo, que había aprendido la ciencia sagrada en la cátedra íntima de su padre. Ya había escrito el eruditísimo comentario al salmo Miserere, tan colmado de ciencia teológica, escriturística, filológica y exegética (que se publicó después). Ya

había brillado como apologista con la publicación de su biografía de Pío IX, en la que se siente, no al jovencito que por su edad sólo debiera pensar en juegos, sino al fogoso paladín de la Iglesia. Ya había escrito el ensayo sobre la ciencia cristiana, 1881, en el que admira encontrar tantas citas, no sólo de los libros de texto y filosofía que estarían a su alcance, sino tantas de Santo Tomás, y de Virgilio y Cicerón transcritas en latín. Allí sale a la palestra listo a la lucha contra todas las ideas heterodoxas del siglo XIX. ¿A qué horas había leído tanto? Ya había mostrado su entusiasmo de apologista en el discurso del colegio de Nemocón, donde discrimina todos los matices de la ciencia. Ya de su pluma había salido el recio estudio sobre la extinción de las comunidades religiosas en Francia, y la documentada biografía del Padre Gil, 1880, y la de Antonio Nariño, que publicó el *Papel Periódico*, 1881.

El 8 de septiembre de 1883 recibió en la capilla del seminario, de junto a La Candelaria (después convertida en biblioteca) la unción que lo consagró sacerdote *in aeternum* de manos del obispo de Popayán, Carlos Bermúdez.

No había tenido para él secretos la ciencia de la ascética, si varios años antes había hablado a los de la sociedad de San Vicente sobre ese punto que hoy se tiene por eje y fundamento del apostolado, que es la importancia de la vida interior para la eficacia de la acción apostólica. En ese discurso se descubre, entre los fogosos arranques juveniles, al maestro de la vida cristiana, al orientador de las almas consagradas, que ya veía tan claro y distinguía con tanta precisión la verdadera de la falsa santidad.

Su poco tiempo de seminario le servía para hacer la jocosa observación de que había sido ordenado “en tiempo de escasez”.

El joven aristócrata, ya de sacerdote, va a ejercer su ministerio de caridad en una parroquia rural, Hatoviejo (hoy Villapinzón) donde entre sencillos campesinos comienza su labor de maestro y director de almas. Luego es la pobre iglesia de Egipto donde se le ve atendiendo las almas de los pobres que la Iglesia le confiara, al pie de la cordillera, y con la espléndida vista de la ciudad y la sabana. Parece que Virgilio la describiera cuando dice:

Et jam summa procul villarum culmina fumant  
Majoresque cadunt altis de montibus umbrae.

Exámetros que en romance dicen: “Ya a lo lejos se divisan las altas casas de la ciudad, con el humo que sube de sus hogares, y sobre ella se prolongan las sombras de los altos montes.”

Allí, no entiendo cómo, en medio de la continuas ocupaciones de la vida parroquial, tuvo modo y tiempo para escribir su ensayo sobre San Agustín, el más completo, preciso y elegante que conozco, en que se ve que no dice sólo lo que otros dijeron, sino que estudia directamente y en la fuente misma al coloso de la sabiduría.

Regenta luego la parroquia de la catedral que tenía por templo parroquial la iglesia que había sido “de la Compañía” y que después de la expulsión de los jesuitas, por duro sarcasmo de sus enemigos, la llamaron de San Carlos, nombre con que se la conocía por aquel entonces (hoy San Ignacio).

Allí lo encuentra el nombramiento que le hace don Carlos Holguín para rector de este Colegio.

En 1896 desempeña el cargo de ministro de estado en la cartera de instrucción pública por voluntad de don Miguel Antonio Caro.

En todo tiempo conservó el más vivo amor para con “madre”, como él le decía. Fue prodigio de amor filial. Todo se lo consultaba y le mostraba sus escritos y sermones aunque ella en su extrema severidad nunca tuvo para él palabra de cariño. A su muerte (acaecida en mi casa paterna) escribió un folleto que no pueden leer los críticos, sino sólo los que sientan su corazón rebosante de amor filial.

Igual cariño y veneración conservaba por la memoria de su padre a quien llamaba “el único amigo de mi juventud”.

Permitidme recordar una anécdota regocijada que muestra el efímero valor de la gloria, aunque esté consignada en bellos monumentos urbanos. En 1929 se erigió un busto de don Ricardo en la Avenida Colón, con asistencia de personajes y pomposa ceremonia. Al correr de los días el busto desapareció. Un empresario de una mísera urbanización al sur de la ciudad, lo encontró en un depósito del municipio y pidió que se lo regalaran para adornar la plazoleta, y se lo cedieron con mucho gusto y lo colocó en medio de sus chozas. Luego vino el problema de averiguar quién sería ése, y al fin se acordó ponerle el nombre de Santiago Pérez, el extremo opuesto de don Ricardo en ideas religiosas, políticas y pedagógicas. Fui a cerciorarme, y efectivamente está en Tunjuelito, y al preguntar a los vecinos quién era, uno me informó que “un general Mosquera que hubo” (no acier-

to a comprender el parecido físico o moral con don Tomás Cipriano), otros me aseguraron que era el urbanizador, un joven imberbe. Aquí viene recordar esta octava suya:

#### MIS VIAJES

—Dime hasta dónde has viajado,  
Porque tu aire es de extranjero.  
—Por el norte a Chapinero,  
Por oeste a Fontibón;  
Y por los otros dos puntos,  
El oriente y mediodía  
Estuve en La Peña un día,  
Y en Tunjuelo una ocasión.

Perdonad la digresión y volvamos a Monseñor Rafael María Carrasquilla. El cardenal Antonio Vico decía una vez en Roma en el año de 1927: “La mayor ilusión de mi vida ha sido la de cooperar a que la Iglesia tenga un obispo digno sucesor de los santos padres, haciendo nombrar a Monseñor Carrasquilla arzobispo de Bogotá; pero las circunstancias no lo han permitido.”

Su amor a la Iglesia era el entusiasmo central de su vida. Bien claro aparece en sus escritos todos, en especial en sus oraciones fúnebres por la muerte de León XIII, San Pío X, Benedicto XV, que no son sólo obras de arte perfectísima, sino más bien suspiros del corazón, actos de fe, y si quisiera citar algo magnífico que confirmara mi aserto, tendría que leerlas íntegras.

Oigamos cómo nos cuenta su amor a la Iglesia. En el sermón de la fiesta de Pentecostes (como él pronunciaba) dice: “La Iglesia es maestra, es señora, es madre. Como maestra le debemos fe; como señora obediencia; como madre, entrañable amor. Debemos creerle, porque sabemos que es infalible, asistida por el espíritu de Dios, sin detenernos ante lo incomprensible de los dogmas. Notad que los incrédulos al rechazar las doctrinas católicas dan por fuerza en principios más oscuros aún. Un racionalista es un hombre que colocado entre dos doctrinas incomprensibles, opta por la que Dios no ha revelado; es un ciego que, huyendo de tropezar con el misterio, se abisma en el absurdo.

“La obediencia que debemos a la Iglesia no es la del esclavo a su señor, sino la del hijo pequeñito a su madre amantísima. Regatearle los obsequios es propio de corazones mezquinos. No basta atemperarse a los preceptos, es preciso seguir sus consejos, estudiarle los deseos,

adivinarle los pensamientos. Hay que creer lo que la Iglesia Romana cree, negar lo que ella niega, amar lo que ama, aborrecer lo que aborrece.

“Es preciso amar al Soberano Pontífice con toda el alma, con todo el corazón. Sea el mayor afecto nuestro, después del amor a Nuestro Señor Jesucristo; o mejor dicho, confúndanse los dos cariños en un solo sentimiento. Y como obras son amores, que la defensa, el aumento, la gloria de la Iglesia se conviertan en preocupación de todos los instantes.”

Su respeto a la jerarquía se ve por un solo ejemplo: en el número 26 de la REVISTA DEL COLEGIO DEL ROSARIO, correspondiente al 1º de julio de 1907, apareció una breve nota bibliográfica sobre una traducción del libro de Monseñor Bougaud hecha por don Sergio Barrón. Allí afirma que la edición viene completada por unas notas de algunos padres de una venerable comunidad, sobre las cuales dice: “Estamos de acuerdo con estas notas.” Con todo, un religioso de la misma orden se presentó ante el señor Arzobispo Bernardo Herrera Restrepo y le dijo que eso era herético, y el señor Arzobispo hizo saber a Monseñor Carrasquilla que le había disgustado esa nota bibliográfica. En el número siguiente de la misma Revista (1º de agosto) apareció la siguiente “Declaración: El ilustrísimo señor Arzobispo de Bogotá nos ha hecho saber privadamente que ha encontrado inexacta e inconveniente la nota bibliográfica publicada en esta Revista, en el número 26, y que se refiere a la traducción de *La Vida Cristiana*, de Monseñor Bougaud. Católico de todo corazón, nos sometemos gustosos al juicio del señor Arzobispo, y reprobamos la nota precitada. Nuestra única gloria es la de ser hijos sumisos y amantes de la Iglesia Católica, y en la fe y obediencia de nuestra santa madre queremos vivir y morir.” Algún tiempo después le mostré un aviso de la Editorial Católica de Herder que traía el concepto encomiástico de dicha obra, dado por muchos cardenales y obispos. El lo leyó y lo destruyó, y al preguntarle por qué no lo publicaba o al menos se lo mostraba al señor Arzobispo, contestó: “Porque antes que cualquier consideración personal mía está el honor y el prestigio de la autoridad de la Iglesia.” Este incidente no entibió las relaciones de veneración y afecto para con el prelado, ni para los que habían sido causa del incidente, como lo demuestran sus muchos escritos posteriores.

Esta veneración y respeto a la jerarquía se ve en los nueve escritos en honor del Arzobispo Herrera, rebosantes de afecto filial, afecto a que él jamás correspondió.

Recordemos cómo perdonaba. Cuando en días nefandos la soldadesca invadió el Colegio y lo convirtió en cuartel, se racionó a la tropa con preciosos libros de la biblioteca que los soldados vendían al peso. Esta fue una de las penas mayores de su vida. No faltaron después en la Revista publicaciones de escritos del que eso había mandado, con notas elogiosas de Monseñor.

También recordamos que un ministro lo ultrajó, dudando de su ortodoxia, lo sometió a vigilancias humillantes en materia de doctrina, sin que eso hiciera que jamás profiriera ni una queja contra él, ni dejara de elogiar sus escritos, y publicar selecciones en la Revista.

Cuando hacía un favor y uno le contestaba: “Gracias”, nada decía; pero si uno le decía: “Dios se lo pague”, juntaba las manos y contestaba devotamente: “Amén”.

En la clase de teología moral del seminario (en un saloncito de poyos de adobe), después de exponer con diamantina claridad la doctrina, la completaba con ejemplos y narraciones. Nos decía las posibles dificultades y peligros y nos enardecía en el amor y servicio de Cristo y de su Iglesia.

Por allí pasó todo el clero que se formó en 42 años; allí le escucharon tres de nuestros arzobispos actuales (el señor Cardenal que rige esta sede, Monseñor José Ignacio López Umaña, Arzobispo de Cartagena, y Monseñor Luis Concha, Arzobispo de Manizales) y muchos obispos que sería largo enumerar, entre los que están Monseñor Emilio de Brigard, prototipo del caballero, encarnación de la caridad, amigo queridísimo de cuantos le conocen, que son todos los colombianos.

En los ejercicios espirituales que precedían las ordenaciones daba el toque final a la formación sacerdotal, y sembraba en nuestros corazones semillas capaces de transformar en santos a cuantos las recibían. Después de muchos años oímos a los sacerdotes decir: Eso nos enseñaba el doctor Carrasquilla, y por eso así lo hago siempre.

La claridad fulgurante de sus palabras y la profundidad de sus ideas estaban engalanadas siempre de la perfecta elegancia de la forma y de la majestad de los ademanes a la que no atenuaba, sino más bien acentuaba el continuo temblor de sus manos.

Al terminar de oírlo no se exclamaba, como después de escuchar algunos oradores: ¡Qué bien habla!, sino sentía uno la necesidad de exclamar: "Así es; tiene razón; de hoy en adelante tengo que hacer lo que él dice." Era como esas vitrinas o escenarios en que se ven los objetos y personajes magníficamente iluminados, pero se ocultan las luces; al contrario de los oradores de artificio que hacen resaltar más los adornos que la verdad.

Sus egregias cualidades iban en consorcio con la gentileza del porte, la refinada y sencilla cultura del gran señor, del perfecto caballero; y el trato suyo, familiar sin bajeza, y la conversación sabia sin parecerlo, avasalladora sin violencia, lo hacían amo de las voluntades y dominador de cuantos lo rodeaban.

Me atrevo, pues, a llamarlo profeta de Dios. Entendiendo por profeta, no al que anuncia lo futuro, sino al que trae un mensaje divino, que era el oficio propio de los profetas, y en ese sentido podemos darle ese título a Pío XII, ante quien el universo enmudece, como cuando hablaba Moisés. Sí. Verdaderamente Dios hablaba por su boca. Fue un destello de la sabiduría cristiana que pasó por el mundo iluminándolo.

## El Pensamiento Filosófico y Político de Mons. Carrasquilla

Por DARIO ECHANDIA

Colegial de Número del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario

La memoria clarísima de Monseñor Carrasquilla nos congrega hoy, al amparo de estos claustros gloriosos que guardan los ecos de su palabra armoniosa y sapiente y se decoran con el recuerdo de su vida ejemplar. Sacerdote cristiano y maestro de juventudes; apasionado y noble paladín de altísimos ideales; orador de vastas y perdurables resonancias y escritor de clásica estirpe castellana, humanista y filósofo; catedrático y académico, la figura de Monseñor Carrasquilla aparece hoy, un siglo después de su nacimiento, ante el juicio depurado y sereno de la posteridad, como símbolo y concreción de algunos de los más insignes atributos históricos de la gente colombiana.

¿Cuál de las fecundas actividades en que se prodigó su espíritu multiforme, elegiré para tema de estas desmedradas palabras, que generosamente quisieron encomendarme amigos dilectos y maestros a quienes venero, y cuyos deseos tienen para mí la imperiosa eficacia de un mandato?

Corresponde a la cátedra sagrada el digno encomio del sacerdote; la exaltación de las heroicas virtudes del varón de Cristo; la ponderación de sus vastas y profundas disciplinas teológicas; el elogio de la obra apostólica de quien vistió la "mortaja sacerdotal" para abrazarse a la "locura de la cruz" y pregonar las glorias del Crucificado. Lejos de mí la pretensión audaz de hablar sobre tan arcanas y sublimes materias, desde esta tribuna tantas veces ilustrada por la magnífica elocuencia de Monseñor Carrasquilla, en esta ocasión, de solemnidad sin par; y ante este auditorio, selectísimo por la inteligencia y el saber.